

La violencia latinoamericana vista por los economistas*

Pierre Salama**

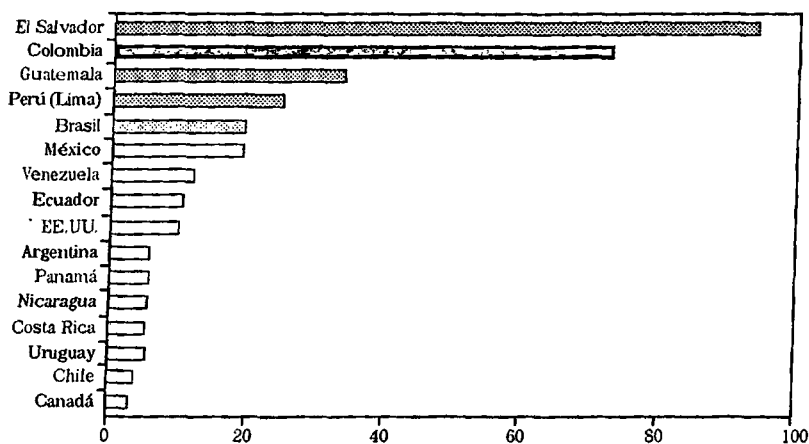
En Colombia la violencia alcanza niveles extremadamente elevados; la tasa de homicidio llega al 7% con respecto a la de EE.UU., país particularmente violento. (cf. gráfico 1). El estudio de las causas profundas de esta violencia debería poder ser explicado: ¿la producción y la comercialización de la droga es el origen de esta violencia tan elevada, o lo es la existencia de grupos armados (guerrillas pero también paramilitares y fuerzas armadas); ¿es a causa de la pobreza, las importantes desigualdades en el ingreso o de sus respectivas evoluciones que dicha violencia alcanza esta magnitud?, ¿es a causa de la pérdida de los valores o por una represión insuficiente, efectivos policiales muy reducidos o una justicia demasiado inoperante y de gran laxitud que la desencadena? ¿Las tradiciones culturales específicas de Colombia la originan? El conjunto de estas razones actuando según órdenes variables: una causa "x" no actúa directamente sobre la violencia pero sobre otra variable "y" y ésta última ejerce acción sobre el grado de violencia. ¿Se está, en fin, en presencia de efectos circulares?; ¿el aumento de la pobreza, por ejemplo, acentúa el grado de violencia y la violencia aumenta la pobreza?

* Traducido del francés por Vera Chiodi – Instituto de Investigaciones de Historia Económica y Social – Facultad de Ciencias Económicas – UBA.

** Profesor de la Universidad Paris XIII (Francia)

Gráfico 1

Tasa de homicidios comparados



Fuente: Levitt, S. y Rubio, M. (2000) "Understanding crime in Colombia and what can be done about its", working paper n° 20, Santa Fe de Bogotá

¿Se puede limitar el análisis de la violencia a supuestos comportamientos racionales de los individuos, éstos arbitrando entre la ganancia deducida del homicidio y el costo que se deduce de la probabilidad de ser arrestado, o bien a la inversa, se puede considerar que los individuos soportan el peso de un contexto que ellos no dominan? En el primer caso sería suficiente aumentar la probabilidad de ser arrestado para que la violencia disminuya, aumentando el número de policías y jueces; en el segundo caso sería necesario, principalmente, prevenir buscando modificar los parámetros del contexto macro social (menos desigualdades, menos desempleo, un entorno más agradable, más lugares de socialización, etc.) para que la violencia disminuya a largo plazo. La primera posición privilegia al individuo y pertenece a un acercamiento llamado "individualismo metodológico". Es economicista y reductora por excelencia. Cuando la hipótesis de la racionalidad discutida es rechazada, este enfoque gana sin embargo en profundidad. Así se encuentra en los trabajos de los antropólogos y psicoanalistas. La segunda propuesta es más bien de carácter holístico. Se la encuentra en los economistas cuando éstos buscan atribuir a la pobreza el aumento de la violencia: ella peca por el deseo de reducir las causas de la violencia a factores económicos, y entonces conduce a un "determinismo económico", aunque apecere también en numerosos sociólogos. La dificultad consiste en rechazar a la vez el enfoque que privilegia el individualismo metodológico y la aproximación holística, hasta tal punto es cierto que "los individuos hacen libremente su historia en condiciones que no están libremente determinadas por ellos".

Es preferible considerar sólo los homicidios, antes que el conjunto de los actos delictivos, cuando se estudia la violencia. La medida cuantitativa de los asesinatos es más fiable que la de los robos (declaración que varía según los países, con definiciones diferentes de estos actos delictivos) aun si la precisión no es siempre la regla (un hombre muerto en la calle no es necesariamente un homicidio), ya que es raro que las víctimas vayan a quejarse a la policía, especialmente si la consideran ineficaz o corrupta. Sin duda, se podrían considerar las encuestas llamadas de victimarios mucho más confiables, pero por definición éstas excluyen los homicidios. Ahora bien, éstos alcanzan un nivel tal que nos parece más interesante limitarnos a su estudio, siendo conscientes que existen lazos entre homicidios y robos o secuestros. Entonces vamos a considerar los asesinatos haciendo a veces referencias a los robos.

A pesar de la magnitud de la violencia, el análisis de estas causas es difícil por numerosas razones. La búsqueda de las motivaciones no es pertinente por una sencilla razón: la probabilidad de ser arrestado y sometido a un proceso es solamente, el 11% en caso de homicidio en Colombia, contra el 65% en los EE.UU. Las pruebas de los asesinos detenidos no son representativas y de ello resulta que no se pueden deducir los motivos de estos actos criminales.

Este artículo tiene por objetivo hacer un breve análisis de los estudios económicos aparecidos recientemente sobre la violencia en América Latina. Algunos utilizan una técnica estadística llamada "panel", reagrupando numerosos países en un período más o menos largo; otros se centralizan en el estudio del caso colombiano. Estos estudios económicos brindan numerosas enseñanzas. Sin embargo, la economía no es suficiente y el peligro es grande si uno se quiere limitar a esta disciplina, sea por determinismo económico, sea reduciendo las motivaciones de orden antropológico o sociológico a lo económico. Es imposible presentar los diferentes factores, unos a continuación de los otros. La discusión de uno necesariamente llama a otros susceptibles de influir en el grado de violencia. El método que seguiremos será el del conflicto: tal elemento será discutido, después otro en un punto diferente haciendo cada vez referencia a los otros factores. El narcotráfico, ausente como punto específico, estará, sin embargo, presente en la mayoría de los casos. No discutiremos aquí las técnicas estadísticas utilizadas por los diferentes autores por falta de lugar, pero sí el razonamiento económico que subyace en sus resultados.

Presentación de los principales factores de violencia

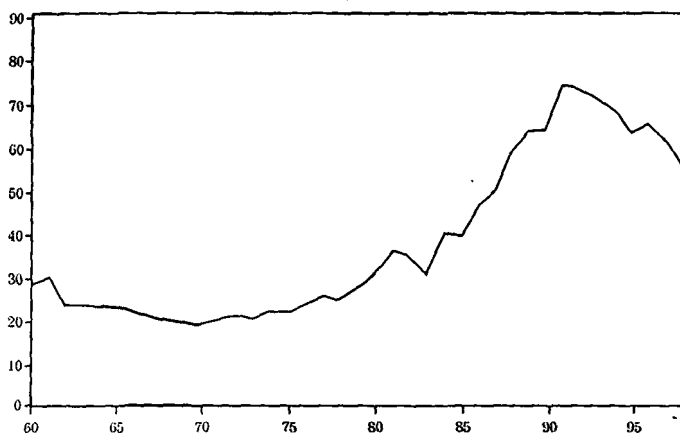
Organizaciones criminales más pequeñas y más efímeras y disminución de la violencia

Comencemos por una paradoja. Aunque no tenemos informaciones precisas, los investigadores, los encuestadores del gobierno colombiano consideran que las organizaciones criminales hoy son más pequeñas que a comienzos de los 90. La competencia es más exacerbada y la duración de vida de estas organizaciones

más efímera. Esta situación debería ser generadora de una violencia más considerable que cuando estas organizaciones eran más importantes y más estables. Pero esta relación no está claramente argumentada. La mera observación de las curvas que miden la tasa de homicidios la invalida en Colombia (Cf. gráfico 2) y en las grandes ciudades donde se asiste a una reducción a veces importante de la tasa de homicidios. Sin embargo, es observada en las grandes ciudades brasileñas y en las ciudades medianas colombianas.

Gráfico 2

Evolución de la tasa de homicidio en Colombia



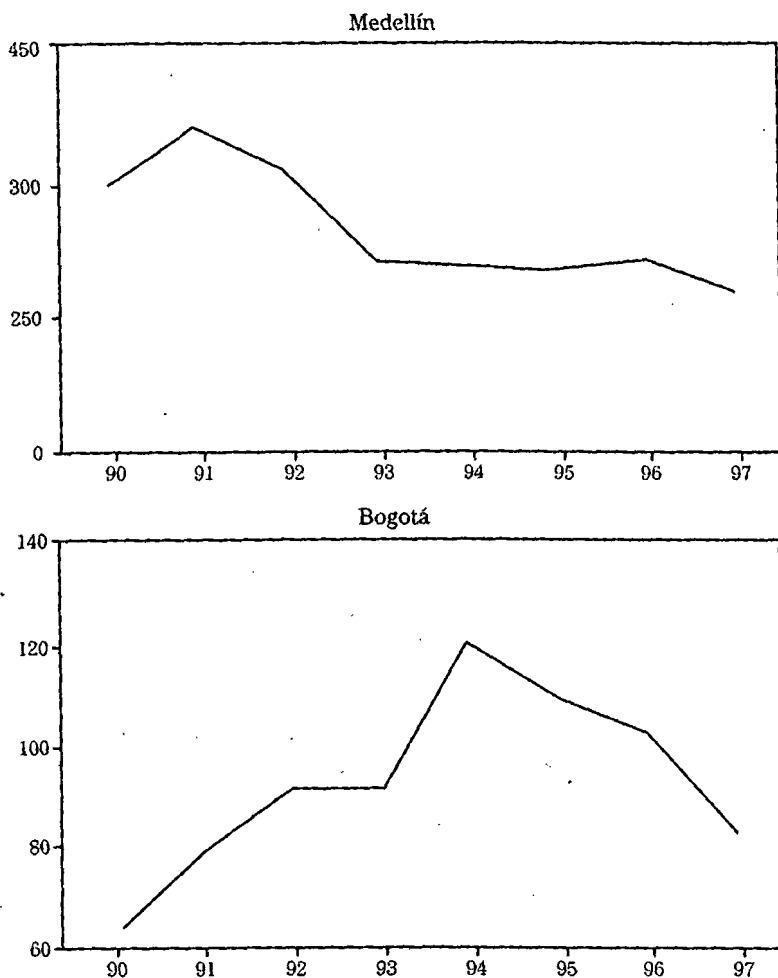
Fuente: Police Department of Colombia

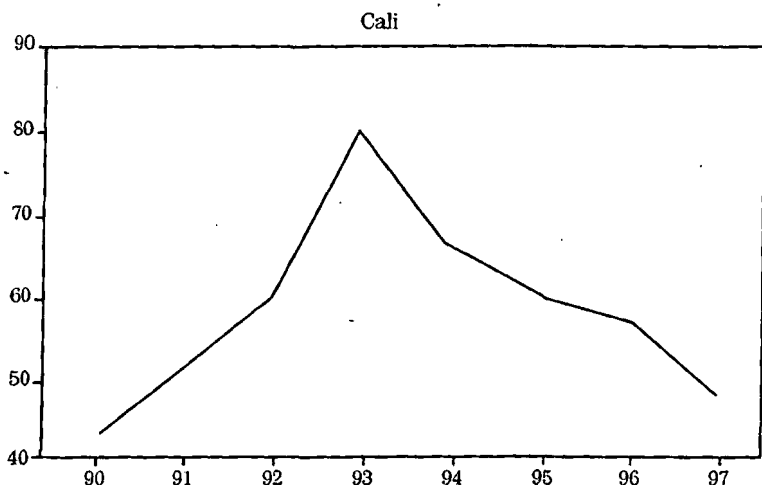
Precisando aún más, la tasa de homicidio por 100.000 habitantes alcanza su pico a comienzo de los años 90. Por cierto es mucho más elevada que en otros países de América. El Salvador se considera aparte. Esta tasa es casi siete veces más alta que en los EE.UU., veinte veces más que en Canadá o en Chile. Pero desde 1991 la misma descendió un 20%, y esta baja se atribuye a las grandes ciudades como Bogotá, Cali y Medellín, renombradas por su extrema violencia; las tres contabilizan el 38% del conjunto de homicidios en Colombia: la tasa de homicidios en estas ciudades pasa de 120 por 100.000 en 1991 a un poco menos de 80 en 1997 (cf. gráfico 3). Esta sensible reducción, siendo superior a la media colombiana, lleva a una disminución en estas tres ciudades del conjunto de los homicidios, porque pasa del 38% al 30% en 1997. La caída de la tasa media de homicidio en Colombia es más débil que la observada en las tres principales ciudades, porque en otras de mediana población la tasa de homicidio aumentó. La distribución de la violencia

Igualmente se ve modificada: el 20% de la población en los municipios menos violentos era responsable del 50% de los homicidios en 1990, y del casi 10% en 1997. Aunque la distribución de la violencia es todavía muy heterogénea se asiste al comienzo de un fenómeno de convergencia: la violencia se manifiesta de manera más homogénea que antes, se extiende al conjunto de las ciudades pero disminuye en aquellas que estaban más afectadas, como Medellín y Bogotá.

Gráfico 3

Evolución de las tasas de homicidio en las principales ciudades





Fuente: Levitt, S. y Rubio, M. (2000) Understanding crime in Colombia....*Op. Cid*

Estos datos muestran que es difícil establecer una relación entre la multiplicación de organizaciones criminales de dimensiones más modestas que en la fase precedente y el grado de violencia aquí indicado por la tasa de homicidios. Desde luego esta tasa es extremadamente elevada, sobre todo en Medellín, donde las organizaciones criminales y el tráfico de droga parece ser muy importante, pero, la evolución de estas organizaciones no conduce a un aumento de la tasa de homicidios. Otros factores intervienen, como la separación de las familias (un pariente ausente), el bajo empleo (el porcentaje, umbral que es el porcentaje a partir del cual la situación cambia por familia sin empleo), la dimensión de las ciudades, la importancia de la reciente migración (medida a partir de una norma de un número mínimo de personas en el seno de las parejas que han emigrado en los últimos cinco años), la importancia de las ganancias de la droga (calculada por el porcentaje de personas en el seno de una comunidad que recibe los ingresos provenientes de la misma). Sin embargo, los márgenes de error son importantes, pues es difícil establecer criterios sobre los criminales cuando se sabe que en Colombia, solamente el 38% de los homicidios conducen a investigaciones y el 11% a los procesos, mientras que para los EE.UU. estas cifras son del 100% y 65% respectivamente.

La guerrilla

Probablemente la guerra civil es en numerosos países la primera causa de la violencia desencadenada. En América Latina, El Salvador es el país que conoce la tasa más elevada de homicidio, aventajando a la alcanzada por Colombia; se puede,

tal vez, y desde hace algunos años, atribuir la guerra civil la responsabilidad principal de este grado de violencia. La paradoja es que en Colombia numerosos autores consideran que la guerrilla tiene una influencia reducida sobre la violencia. Según C. M. Gómez, quien se refiere a numerosos trabajos de A. Vargas, F. Gaitán, A. Montenegro, C. E. Posada, se puede atribuir a la guerrilla y a las fuerzas armadas apenas el 5% de los homicidios cometidos, y 10% por el narcotráfico. Estos estudios son discutibles y controvertidos. Se puede considerar que las relaciones entre las guerrillas y los narcotraficantes han sido y son tumultuosas. Las tasas impuestas llevaron por ejemplo al cartel de Medellín a desarrollar fuerzas paramilitares encargadas a la vez de asegurar el tráfico sin pagar tributos, proteger las grandes propiedades de los narcotraficantes, de intimidar, mediante las masacres de campesinos que podrían favorecer a la guerrilla y finalmente comprometerse directamente en el narcotráfico. Según Echandia C. Castilla —citado por A. Sarmiento— sobre 342 municipios caracterizados por índices de homicidio elevados, 284 conocen la presencia de la guerrilla y 152 la de los paramilitares en un momento o en otro. Sin embargo, no se puede deducir la existencia de las fuerzas armadas y un grado de violencia elevado una relación de causa directa. Como lo señala el autor esta presencia crea un contexto de intimidación de tal congestión en los tribunales que la violencia puede entonces aumentar. Por esto, se puede considerar que el desarrollo del narcotráfico crea una situación nueva, generadora de un aumento de los homicidios; así lo vemos en los trabajos de A. Gaviria. En fin, la corrupción no es el sustituto de la violencia, como a menudo se puede creer, sino su complemento, de tal manera que se puede considerar que los efectos indirectos del tráfico de droga son generadores de violencia, como lo veremos en detalle a continuación.

La pobreza y las desigualdades

Según ciertos investigadores no se puede establecer una relación entre la pobreza (o bien las desigualdades sociales) y la violencia. A. Peralva, especialista en violencia en Brasil, escribe: "Cualquiera sea la importancia de las desigualdades sociales... no es posible ignorar que los índices de delincuencia aumentan ahí mismo donde las desigualdades disminuyen". Es cierto que cuando el crecimiento se reanudaba en Brasil y la hiperinflación desaparecía, la criminalidad aumentaba fuertemente en numerosas grandes ciudades brasileñas. La tasa de homicidio pasó de ser alrededor de 40 por 100.000 a fines del 92 en la región metropolitana de Río, a 70 a fines del 95; es decir, a un nivel próximo a ciertas ciudades colombianas; en San Pablo pasó de 43 por 100.000 a 52 por 100.000 entre estas mismas fechas. No obstante este período se caracteriza por un mejoramiento del nivel de vida, una caída importante del índice de pobreza y finalmente una ligera disminución de las desigualdades, sobre todo a partir de 1994.

Para evitar las confusiones o las ambigüedades, es necesario distinguir los niveles de su evolución. Se puede considerar, por ejemplo, que el nivel de pobreza

puede tener un efecto débil sobre el grado de violencia cuando se compara la situación de dos países que tienen indicadores de pobreza diferentes.

Los potenciales efectos de una elevada pobreza sobre el grado de violencia pueden contrarrestarse por el mantenimiento de códigos de valores fuertes, cuyo origen puede ser la religión, la ética republicana por ejemplo; a la inversa, si estos últimos son cuestionados, entonces la violencia puede desencadenarse. También se comprende que no se puede disociar pobreza y desigualdades. Aunque la pobreza sea definida de manera absoluta en los países subdesarrollados, la referencia a la distribución de las ganancias es constante, de tal manera que una gran desigualdad puede estar asociada a una injusticia, fuente de "posibles cuestionamientos de los códigos de valor y que esto provoque violencia". Pero se comprende, sobre todo desarrollando estos argumentos, que el verdadero problema no sólo puede ser abordado desde lo dinámico, y que las variables susceptibles de constituir elementos explicativos de la evolución de la violencia deben ser considerados en sus variaciones. La pobreza podría no ser fuente de violencia si no aumenta y especialmente si no está acompañada por una acentuación de las desigualdades, y no genera una subida de éstas. Por el contrario, si las desigualdades varían, si la solidaridad se desmorona con la mercantilización creciente, entonces la violencia puede aumentar y generar de nuevo pobreza y desigualdades crecientes. Una violencia que no tiene necesariamente un objeto político, como lo veremos.

A. Sarmiento intenta establecer una relación entre la violencia (índice de homicidio) por una parte, las "condiciones de vida" (la pobreza medida aquí por las necesidades fundamentales no satisfechas), las desigualdades en la distribución de las ganancias (medidas por el coeficiente de Gini), la escolarización con la que se han beneficiado los adultos y la participación electoral por otra parte. La originalidad consiste en buscar esta relación en los municipios con un aumento de los homicidios y, a la inversa, en aquellos que se benefician con una reducción de la violencia. Según el autor el aumento de la violencia se explica esencialmente por el aumento de las desigualdades; la participación electoral y la escolarización creciente actúan negativamente sobre ella. Entonces no es tanto la pobreza como el aumento de las desigualdades lo que explicaría el aumento de los homicidios. Sin embargo, esta relación no se encuentra en los textos econométricos de F.Sánchez Torres y J. Núñez Méndez. Estos últimos buscan establecer una relación entre el índice de homicidios de siete principales ciudades de Colombia y una serie de variables: el coeficiente de Gini, la pobreza medida aquí por el porcentaje de las parejas por debajo del umbral de pobreza, la población urbana, la densidad del narcotráfico (medida por la ganancia extraída de la droga en un departamento sobre el número de personas implicadas en esta actividad), la ineficiencia de la lucha contra el narcotráfico (medida aquí por el ratio establecido entre la ganancia del narcotráfico y la captura de narcotraficantes) y sobre todo la tasa de homicidio pasada. La pobreza tiene un ligero efecto sobre la tasa de homicidio (-0,02), pero el coeficiente no es significativo. La distribución de la ganancia actúa negativamente sobre la tasa de homicidio (-1,03). Este resultado significa que cuando la distribución aumenta un 1% el índice de homicidios disminuye un poco más del 1%.

Las variables más importantes son aquellas ligadas al narcotráfico, a la ineficiencia de la represión contra el narcotráfico. Cuando las ganancias obtenidas del narcotráfico aumentan un 1%, la tasa de homicidio lo hace en un 0,19 y cuando la ineficiencia — medida por las ganancias de la droga divididas por el número de arrestos— se incrementa un 1% la tasa de homicidios crece ligeramente (0,03). La variable que más influye es la que caracteriza el índice de homicidios pasados. Por un 1% de aumento de esta variable la tasa de homicidio aumenta un 0,77%. La constante de la ecuación de regresión es 1,64. Es interesante remarcar que en el período 1991–1998 los determinantes de la tasa de homicidios a escala de los municipios (769) no son exactamente los mismos cuando se consideran las desigualdades del patrimonio que cuando se consideran aquellas de las ganancias. Con el aumento de un punto del coeficiente de Gini de la propiedad urbana corresponde un aumento del 4,3% de la tasa de homicidios (este aumento es sólo de un 2,6% para la propiedad rural). La concentración y aumento de la riqueza favorecen entonces el aumento de la violencia. La influencia de la guerrilla (medida por el número de ataques armados cada 10.000 habitantes) es muy importante. Por un 1% de aumento de la variable “guerrilla” el índice de homicidio crece según esta estimación un 3,4%, y por un 1% de aumento de la ineficiencia de la lucha contra el narcotráfico, el aumento de la tasa de homicidio es todavía más elevado (6,7%). Ocurre lo mismo para la tasa de homicidios pasados (0,8%). Inversamente, la influencia de la densidad del narcotráfico es relativamente débil (0,284) así como la de la pobreza medida por las necesidades no satisfechas (1,6). No obstante, la relación pobreza–homicidio es no lineal y del tipo U invertido; el índice de homicidios crece a medida que la pobreza aumenta hasta cierto umbral. Más allá, la tasa de homicidio disminuye cuando la pobreza continúa creciendo. P. Fajnzylber, D. Lederman y N. Loaysa, a partir de una encuesta más amplia y una técnica econométrica diferente, obtienen resultados que difieren ligeramente. Según estos autores el hecho de que la ganancia por cabeza no tenga influencia sobre el grado de violencia, cuando las desigualdades no varían, podría justificar la interpretación de que el nivel de pobreza no es un factor constitutivo de la violencia. Sin embargo, si la ganancia por cabeza crece menos rápidamente y si las desigualdades aumentan se podría considerar que el probable aumento de la pobreza resultante es un factor constitutivo del aumento de los homicidios.

El pasaje de un grado de violencia a otro

La violencia, aún habiendo alcanzado un alto nivel, aumentó fuerte súbitamente en los años 80 para luego disminuir enseguida, de manera significativa, en las grandes ciudades colombianas. A. Gaviria propone una explicación a esta evolución en términos de múltiples equilibrios.

La explicación del pasaje de un equilibrio a otro superior pasa por encontrar, en la congestión creciente de los tribunales, la baja probabilidad de ser castigado. Un aumento de los índices de homicidio reduce así la probabilidad de ser castiga-

do y provoca un aumento de este índice, por los gastos constantes consagrados a los servicios de la policía y de la justicia. Este razonamiento de tipo beckeriano implica que hay entonces un choque exógeno que puede permitir al proceso ponerse en marcha. Este choque sería, según Gaviria, el desarrollo del narcotráfico. A. Gaviria señala, en efecto, que hay una coincidencia entre la aceleración en el aumento de los homicidios y la consolidación de Colombia como principal exportador de cocaína. La expansión del narcotráfico, sin que haya paralelamente en esta época un aumento sustancial de los gastos públicos para reprimirlo, condujo a investigaciones cada vez más raras, por falta de medios suficientes, o por la congestión en los tribunales, a una menor probabilidad de ser detenido y castigado. La probabilidad de ser acusado de homicidio pasa del 48% en 1980 al 40% en 1981, para subir entre 1983 al 46%. La caída de este índice es particularmente fuerte en 1983 (46%) y 1986 (38%), para alcanzar en 1992 del 16 a 17%.

El "detonador" (el auge del narcotráfico), según la expresión de Gaviria, permite comprender que la relación inercial de los índices de criminalidad se rompa y que se pase a un equilibrio superior, pues no sólo condujo a un aumento de la violencia; sobre todo ésta se traduce en una escasa probabilidad de ser prisionero. El sentimiento creciente de impunidad conduce entonces a un aumento de la tasa de homicidios. Dice A. Gaviria: "Los narcotraficantes jugaron diferentes roles en el resurgimiento de la violencia en Colombia. Por una parte generaron la violencia directamente a través de sus actividades, por otra la produjeron indirectamente a través de diferentes efectos externos criminales: congestión del sistema jurídico, transferencia de los conocimientos criminales (i. e. aprendizaje), aumento de la disponibilidad de las armas y creación de una 'cultura' que favorece el dinero fácil y la resolución violenta de los conflictos". A la inversa, después de haber bajado considerablemente desde fines de los años 70, el alza del índice de la "tasa de captura" por homicidio en las grandes ciudades, a partir del año 96, aumenta la probabilidad de ser tomado prisionero, castigado y conduce a una reducción de la tasa de criminalidad. La cita que acabamos de realizar es interesante. Se refiere a la "cultura". Es bastante raro encontrarla en los economistas, y particularmente en los econométricos. Por cierto se encuentran referencias a las normas aceptadas y rechazadas por los neo-institucionalistas como D. North; para esta escuela la violencia acrecentada podría ser interpretada como la manifestación de la imposibilidad encontrada por los actores de establecer acuerdos en el cuadro institucional existente, en un momento dado. La violencia se volvería, de alguna manera, legítima para resolver los conflictos y alcanzar los objetivos de enriquecimiento buscados. Esta legitimidad explicaría el efecto de contagio. Pero se comprende principalmente que las herramientas de análisis de los economistas son limitadas, cuando permanecen prisioneros de una racionalidad económica supuesta de los agentes, y buscan encerrar la palabra económico en lo económico o explicar todo por lo económico. La violencia y su expansión tienen, a menudo, raíces de orden económico, pero es en vano limitar la explicación de este fenómeno a un determinismo económico.

Interpretación pluridisciplinaria de la violencia

La violencia no es inherente al capitalismo: los pueblos más avanzados la han conocido y a menudo se ha podido interpretar el juego de la dádiva y de la contra-dádiva como una manifestación del miedo, una manera de conjurar la violencia, "producir la fe, engendrar la confianza". Los modos de propagación de las relaciones de traficantes en los países convertidos en subdesarrollados se hicieron en un espacio y tiempo denso: algunas decenas de años. Para las economías llamadas desarrolladas esta difusión tomó muchos siglos, con fases de deceleración y de aceleración. Esta difusión de relaciones comerciales, las tentativas de generalizarlas entre los hombres constituyendo el salariado, están acompañadas por la violencia. Esta fue tanto más fuerte y rápida en los países convertidos en subdesarrollados, y porque fue "demasiado" rápida, los modos de dominación del capital adquieren modalidades específicas y la salarización toma aspectos particulares (importancia de los empleos informales, peso de las viejas formas paternalistas, salario comprendido como un intercambio de valor y de favor). Esta difusión de las relaciones comerciales no es semejante en todos estos países; depende de las riquezas que hay para explotar y sobre todo de las formas de organización de los hombres, de sus creencias y de las modalidades de su cohesión, de las tentativas de desestructurar las relaciones establecidas entre estos hombres y de reestructurarlas como relaciones comerciales. La "mercantilización" de los territorios nuevamente conquistados y de los hombres, encerrados en otras tradiciones y valores, se hace según modalidades diferentes de adaptación-rechazo y de combinación conflictual entre los dos términos y se acompaña con la violencia del dominador sobre aquel a quien se busca dominar. El desmoronamiento de las antiguas culturas del dominado, a veces la incapacidad de reestructurar los códigos destruidos por esta propagación, dejan el campo más o menos libre al desencadenamiento de la violencia. Por el contrario, la reestructuración de los códigos puede dejar lugar a un conjunto de valores vuelto coherente gracias al fetichismo de las relaciones sociales de producción, de modo de frenar el aumento de la violencia. La fetichización no se completa jamás en razón de la especificidad de los modos de propagación de las relaciones comerciales, y la violencia permanece latente. La migración del campo a la ciudad, producida por la mercantilización del territorio, lleva a los campesinos, víctimas de una monetización de la que ellos no pueden sacar provecho por una mayor competitividad, a buscar empleo en las ciudades, caracterizadas por un grado de monetización más elevado que el del campo del que han sido excluidos. La solidaridad tiende a quebrarse, y basta con que las oportunidades de empleo sean escasas y que se multipliquen las actividades informales de estricta supervivencia, para que la violencia tenga mayores posibilidades para desarrollarse. Si el Estado, perjudicado por la crisis de los años 80, por medio de la coacción neo-liberal de los 90 reduce sus funciones (infraestructuras, escuelas, salud, etc.) o las ejerce menos que en el pasado, el territorio se vuelve poroso, el Estado controla menos la Nación y sobre estos bolsones -ba-

rrios de las ciudades, regiones en las provincias—, el poder mafioso, pero también el de las “guerrillas” en ciertos países, pueden ejercer entonces un poder de hecho. El abandono del poder de jure del Estado sobre estos territorios, su incapacidad para mantener el orden, deja la puerta abierta al desencadenamiento de la violencia, única manera de resolver los conflictos y también medio privilegiado de adquirir las rentas, es decir, enriquecerse sin trabajar cuando merma el trabajo o está menos protegido.

En Colombia, el paso de la violencia a fines de los 50 a la violencia reciente, revela caracteres propios de cada uno de estos períodos que han señalado numerosos sociólogos, pero no se puede explicar esta última sin hacer referencia a aquella que la precede, mismo si las causas son diferentes. El aumento de la violencia está íntimamente ligado al narcotráfico, a las conflictivas relaciones mantenidas entre la “guerrilla” y el narcotráfico (paramilitares), al ejército y a los paramilitares.

La corrupción no sustituyó a la violencia como, a veces, se tiende a creer: ella crea un contexto de desmoronamiento de los valores permisivo al desencadenamiento de la violencia. No está entonces limitada al nombre respecto del contrato establecido entre el corrompido y el corrupto. Algunas observaciones sobre la relación entre droga y corrupción son aquí útiles. Dos conceptos, renta y alimento, permiten comprender la naturaleza de las relaciones que se establecen durante estas actividades ilícitas. Utilizamos aquí el término de renta en su acepción más simple: se trata de las ganancias ligadas a la explotación de recursos naturales, en este caso las drogas. Estas ganancias no dependen, entonces, de las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo, sino de la disponibilidad de estos recursos. Es por esto que se utiliza a menudo esta expresión para designar las ganancias extraídas de la explotación de las materias primas, pero también de una manera general, de los productos de la tierra. En el caso particular de los productos ilícitos, las ganancias dependen de la disponibilidad de estos recursos naturales, pero igualmente del grado de represión. También son muy poco correlativos al costo de producción. La canasta reviste un sentido diferente, como lo subrayaba Ch. Geffray; se trata de una redistribución de una parte de esta renta con el fin de obtener favores de la gente a la que se obliga de esta manera. Ch. Geffray da un ejemplo de numerosas operaciones no rentables según los criterios de los economistas, pero que sobreviven; su función no es producir excedente sino blanquear el dinero sucio, obligar a las personas que se benefician de clientismo sin que puedan manifestar una reciprocidad, porque ella engendra “una deuda moralmente insolvente, de corromper finalmente, ellos compran al funcionario un servicio preciso: su renunciamento a ejercer su cargo contra ellos, continúan ocupándolo porque no les serviría que él dimitiera”. Sin duda, se trata de dinero ilícito, más exactamente del uso del dinero ilícito, pero el clientelismo se distingue de la renta por los servicios que obliga a suministrar, que vuelven posible el conjunto del tráfico. El nombre respecto del contrato así contraído implica la violencia porque el poder no es de jure pero de facto y la deuda contraída es, en cierta forma, eterna. Sólo puede resolverse por la violencia.

La violencia así liberada, generalizada "no se deja reducir ni a una guerra política, ni a un conflicto social...sólo un débil porcentaje puede ser directamente imputado a causas políticas o a la acción de grupos organizados de narcotraficantes, los más altos porcentajes están ligados a los ajustes de cuenta o a las disputas rutinarias".

Esta violencia despolitizada, banalizada, generalizada, en la que el Estado no tiene más el monopolio de la violencia legítima, se metaformosea en terror según D. Pécaut. Considerar que la violencia es el producto de una elección racional es entonces una interpretación limitada de este fenómeno. La disminución de la probabilidad de ser castigado puede jugar sobre el grado de violencia, pero los mecanismos a privilegiar no son aquellos de una elección racional. La impunidad creciente observada en esta configuración tiende a disgregar los valores y permitir a la violencia latente su desarrollo.

Se puede hacer una observación parecida con el rápido aumento de las desigualdades; no es tanto el nivel de pobreza el que es generador de violencia, pero la impresión de profunda injusticia, de una injusticia sin apelación, de un estado sometido a las coacciones neo-liberales que sienten los pobres cuando observan el enriquecimiento "sin causa" de algunos y las desigualdades crecientes. En esto los pobres no son en sí "una clase peligrosa" como se podría pensar siguiendo ciertos estudios, sino que las políticas económicas de exclusión pueden volverla peligrosa, lo que se puede observar en ciertas *favellas* en Brasil, donde los pobres ejercen su violencia liberada sobre otros pobres.

La frontera entre el hombre y el truhán es muy delgada y el mundo del truhán no es un mundo simpático. El aumento de la probabilidad de ser apresado y castigado puede disminuir la tasa de homicidios a corto plazo; todavía las prisiones son excelentes escuelas del crimen, si ellas no están acompañadas por medidas preventivas, sus efectos serán débiles a mediano plazo. A la inversa, programas sociales pertinentes y un rechazo a la impunidad de la que se benefician a veces dirigentes políticos y económicos, pueden conducir, a mediano plazo, a una disminución de la violencia.

Conclusión

"Lo económico debe nutrirse (alimentarse) de otras disciplinas". El aporte de la economía para explicar la evolución de la violencia no es desdeñable, pero es también algo limitado y modesto. Sin embargo, investigar la influencia de los numerosos factores económicos sobre el grado de violencia sin hacer referencia a las culturas y a la manera en cómo ellas evolucionan en cada uno de estos países o grupos de países, está desde el comienzo orientado por una interpretación determinista y muy simplista de la violencia y de sus causas. La comprensión de la violencia que afecta más particularmente a tal o cual país debe hacer referencia a la propia historia de estos países.

RESUMEN

En este artículo el autor se plantea como objetivo hacer una breve síntesis de los estudios económicos aparecidos recientemente sobre la violencia en América latina y analizar las causas susceptibles de acrecentarla: pobreza, desigualdades de los ingresos en nivel y en variación, impunidad, arbitraje entre la probabilidad de ser arrestado y la penalidad de la pena incurrida y narcotráfico.

Estos estudios económicos brindan numerosas enseñanzas, sin embargo, la economía no es suficiente y sería peligro reducir a esta disciplina las motivaciones de orden antropológico o sociológico. La discusión de uno de los factores necesariamente llama a otros susceptibles de influir en el grado de violencia. El método que sigue el autor es el del conflicto: se discute un elemento, después otro en un punto diferente haciendo cada vez referencia a los otros factores. Se discute también, el razonamiento económico que subyace en los resultados a los cuales llegan los diferentes autores.

La explicación de la violencia no estaría reducida a factores exclusivamente económicos, el autor privilegia lo antropológico y lo sociológico. Además, si el Estado, afectado por la crisis de los años 80 y por la coacción neo-liberal de los 90, redujo sus funciones (salud, educación, vivienda, etc.); controla menos. El abandono del poder de jure del Estado sobre estos territorios, su incapacidad para mantener el orden, deja la puerta abierta al desencadenamiento de la violencia, única manera de resolver los conflictos y también medio privilegiado de adquirir las rentas, es decir enriquecerse sin trabajar cuando merma el trabajo o está menos protegido.

ABSTRACT

The author's objective in this article is to present a brief synthesis of recently published economic studies on violence in Latin America and to analyze the causes that are likely to increase it, inequalities in both income level and distribution, impunity, balance between the likelihood of being arrested and the weight of the penalty incurred and drug trafficking.

These economic studies provide many teachings, but economics is not sufficient and it would be dangerous to reduce anthropological or sociological reasons to mere economics. The discussion of one of the factors necessarily brings into play others that are likely to influence the degree of violence. The author uses the conflict method: one element is discussed, then another one in a different point, making reference on each occasion to the other factors. The economic reasoning underlying the different authors' results is also discussed.

The explanation for violence appears not to be restricted to exclusively economic factors, and the author gives priority to anthropological and sociological aspects. Furthermore, if the State, affected by the crisis of the 80's and by the neo-liberal coercion of the 90's, has reduced its functions (health, education, housing, etc.), it exercises less control. The abdication of the State's de jure power over these areas, its inability to maintain order, opens the way for the unleashing of violence, which is the only way of resolving conflicts and also an exceptional means of acquiring rents, that is, of gaining wealth without working when work diminishes or enjoys less protection.